

TEMAS DE DEBATE

¿Más Estado y menos mercado?

TRAS EL 11-S, EL DEBATE IDEOLÓGICO SOBRE LA POLÍTICA ECONÓMICA SE HA INTENSIFICADO

ANÁLISIS: **XAVIER VIVES**

Estado y economía después del 11-S

Los atentados del 11 de septiembre pasado plantean nuevas perspectivas para la intervención del Estado en la economía derivadas del aumento general de la incertidumbre. A largo plazo refuerzan el papel clásico del Estado como garante de la seguridad pública y de las transacciones económicas. La idea un tanto inocente de que nos dirigiéramos a un mundo globalizado en donde el papel del Estado se diluía se ha desvanecido de golpe. Ahora está claro que se deberán afrontar inversiones importantes para proporcionar seguridad al desarrollo económico y, simplemente, a la vida social. De hecho, la experiencia de Rusia, en donde el "mercado" no ha producido buenos resultados precisamente por la falta de "Estado", ya hubiera podido haber inducido una reflexión en este sentido. Asimismo se plantea un posible retroceso en el proceso de globalización—entendido como libre intercambio de bienes, capitales, personas e ideas—al aumentar los costes de comercio y transacción en un mundo menos seguro. Imagínese, por ejemplo, el coste de inspeccionar cuidadosamente todas las mercancías que una economía abierta importa en un año. Tendencias como la desintegración o especialización vertical de actividades en la cadena productiva también pueden sufrir un retroceso. Las actividades en una industria se especializan verticalmente cuando diferentes estadios del proceso productivo se localizan en regiones y países diferentes. Una interrupción en el traslado de bienes intermedios paralizará, por ejemplo, una fábrica de ensamblaje de automóviles. Ante la incertidumbre puede volver la integración vertical en las empresas y, en un caso extremo, la autarquía a las economías. El reto es, pues, diseñar una respuesta que aumente la seguridad al mismo tiempo que preserve los incentivos a la internacionalización. La tecnología de la información puede desempeñar un papel muy importante en este aspecto.

A más corto plazo, el reto consiste en estimular a la economía a la vez que se mantiene y se profundiza la estabilidad fiscal a largo plazo. El Estado de bienestar debe ser sostenible en términos económicos y políticos, pero los poderes públicos deben tener una política anticíclica. Lo que es incorrecto es aprovechar la política anticíclica para aumentar el consumo o los empleados públicos que contribuyen al déficit estructural. La idea de que la política pública debe ignorar el ciclo económico sin intervenir contradice el análisis económico moderno. Las escuelas de macroeconomía de matriz keynesiana y clásica han convergido en una síntesis que reconoce el papel de la política monetaria y fiscal en el ajuste macroeconómico. Las economías deben tener déficit en periodos recesivos y superávit en los expansivos. El déficit debe ser cero en promedio, no año a año. Aun así

A CORTO PLAZO, EL reto consiste en estimular la economía, a la vez que se profundiza a largo plazo la estabilidad fiscal

se puede argumentar que economías con un déficit de inversión pública (infraestructura, educación, I+D) deben poder endeudarse hasta que lo corrijan. Aquí parece que Estados Unidos está logrando tener una política monetaria y fiscal expansiva a corto plazo mientras que la Unión Europea vacila y discute en comités. En la política monetaria hay margen y debería usarse;

en la política fiscal hay menos margen y hay que dejar que los estabilizadores automáticos de una economía (como el subsidio de paro y las ayudas sociales, que suben en periodos recesivos) actúen. Los objetivos de reducción de déficit público se deben mantener en lo que se refiere al déficit estructural pero no en términos agregados, so pena de agravar un periodo potencialmente recesivo.

Queda una última cuestión con el espectro de Japón en el trasfondo. ¿Qué sucede si se acaba el margen de actuación de tanto la política monetaria como de la política fiscal? Este es un tema planteado por Keynes con su famosa "trampa de la liquidez". En efecto, los tipos de interés no pueden bajar cuando están al 0%, la política monetaria ya no sirve. Asimismo, cuando el déficit y la deuda públicos son elevados la política fiscal también está trabada y pierde efectividad. Esperemos que esta vez no lleguemos a comprobar los problemas que se derivan de estas situaciones.■

XAVIER VIVES, profesor de Economía y Finanzas de Insead y profesor de Investigación en excedencia del CSIC

LA SITUACIÓN: **CARLOS LOSADA**

¿Keynesianos o neoliberales? Ambos, gracias

Los actos terroristas del 11-S han sido como un relámpago en plena noche que ha hecho visible una realidad de la que éramos poco conscientes. La enorme pobreza del 70% de las personas del planeta; los fuertes desequilibrios entre países y dentro de los países; el potencial conflicto entre culturas (o mejor dicho, entre afirmaciones intolerantes de las diferentes culturas); la debilidad de nuestra seguridad cotidiana... También el 11-S ha vuelto a reproducir viejos debates como la oposición entre las políticas neoliberales y las neokeynesianas o la discusión sobre el papel del Estado en las sociedades modernas.

¿Keynesianos vs neoliberales?

Dos razones coyunturales se esgrimen para apoyar el resurgimiento de las políticas keynesianas:

—La ineficacia de las políticas monetarias, más concretamente la reducción de los tipos de interés para estimular la economía. El caso paradigmático: Japón (cuyo problema no es sólo éste). Parece que algunas economías avanzadas han caído en la "trampa de la liquidez": por bajo que sea el precio del dinero no se estimula ni el gasto ni la inversión, lo que lleva a que se ponga constantemente una posible reactivación.

—La necesidad de un Estado fuerte y protector que dé respuesta a las causas de inseguridad que se han evidenciado tras el 11-S.

Ambas abogan aparentemente por un incremento del gasto público. En ello ven algunos el triunfo del keynesianismo.

Ante estas voces se levantan las de los liberales, quienes con una fuerte seguridad ideológica recuerdan los males que ha infligido la intervención del Estado en el mercado: pérdidas de eficiencia en la asignación de recursos; pérdida del poder y libertad del ciudadano; aparición de "cazadores de rentas" que instrumentalizan el Estado en beneficio de sus intereses...

Para otros, entre los que me encuentro, nos hallamos ante una posición ideal para avanzar "de la curandería a la medicina". Me explico. Las ciencias sociales en general, y entre ellas la economía, han tenido en el pasado siglo un desarrollo extraordinario, pero insuficiente. Esta "insuficiencia" tiene una fuerte implicación: donde hay lagunas del saber, las ideologías llenan el espacio con debates muchas veces (no siempre) estériles.

La situación posterior al 11-S nos permite ver con más claridad que "enfermedades económicas diferentes" requieren "terapias económicas diferentes". No siempre es buena

una "purga" como antaño. Hoy necesitamos el fármaco específico para la enfermedad que padecemos. Hoy convienen políticas keynesianas, mañana muy probablemente convendrán políticas liberales.

En la situación actual, parece evidente que estimular la demanda agregada a través del gasto público puede ayudarnos a salir del oscuro callejón en que nos encontramos. Bienvenida sea si funciona. ¿Quita esto valor a las políticas monetarias neoclásicas? ¿Le resta valor a las políticas de mejora de la competitividad y de menor o mejor regulación de los mercados? No. Éstas seguirán siendo necesarias cuando las situaciones específicas lo recomienden... y ésas serán frecuentes.

En ambientes académicos, tanto

HOY CONVIENEN

políticas keynesianas,

mañana probablemente

convendrán políticas

liberales

los neokeynesianos (Mankiw, Stiglitz...) como la "síntesis neoclásica" (Lucas, Barro...) ya tienen esta orientación "contingente". Desgraciadamente, ésta no ha trascendido todavía con suficiente fuerza en el debate social y político, que sigue debatiéndose en muchas ocasiones a favor del intervencionismo o el mercado desde posturas difícilmente reconciliables.

¿Más Estado o menos Estado?

Aquí, las posiciones extremas nos ayudan a clarificar las ideas. Por un lado están aquellos que ven en un Estado mayor y más activo (sea la administración central, intermedia, local...) riesgos importantes para la iniciativa individual, aparición de "rent seekers" que buscan

del Estado posiciones de privilegio a costa de la mayoría de la población, mal uso de recursos en burocracias ineficientes... Mucha evidencia empírica apoya estas críticas: véase la realidad de muchos países africanos (y en general en muchos de los países en desarrollo) donde el Estado no es sino un instrumento de dominación social, o los miles de millones que se gastan en sectores agrícolas o industriales sin futuro con una dudosa utilidad social. La reflexión relevante aquí es lo que se deja de hacer: sectores marginados, realmente necesitados, que por tener poca voz no acceden al "papá Estado", disfunciones en los mercados y detrimento de recursos productivos que podrían generar mayor riqueza...

Por otro lado están los que ven en la intervención del Estado la solución de la mayoría de los problemas sociales y por ello abogan por un mayor tamaño y una mayor intervención. Sin Estado no hay mercado. No es posible construir sociedades equilibradas que permitan el desarrollo sin un fuerte Estado que se ocupe de los diversos aspectos sociales donde el mercado no es eficiente o no debe entrar.

Pero, ¿es un mayor o menor Estado la disyuntiva importante? Probablemente no: en Guatemala el peso del sector público es menor del 13% del PIB; en EE.UU. está alrededor del 32%; en Suecia por encima del 55% y en Guyana, uno de los países más pobres del continente americano, llegó a superar el 80% en las décadas pasadas. Estas grandes diferencias explican poco las grandes diferencias en el progreso económico y social de los países.

El centro del debate no debe ser el instrumento (mercado, Estado...), sino los problemas sociales: la inseguridad ciudadana, las dificultades

